

ritmo cierta oculta fuerza, la cual aún es más vehemente en la palabra. Esta sola virtud basta para recomendar escritos pobres en la sentencia y endebles en la elocución. Y cuanto más hermosa por las sentencias y por las palabras sea la oración, tanto más deforme resultará, si la composición es viciosa, porque la negligencia de la composición se advierte más entre la luz de las palabras. Y así, en Herodoto, tan notable por su dulzura, el dialecto mismo tiene cierto agrado, de tal modo que parece contener una música latente. De todas suertes, yo preferiría la composición áspera y dura á la afeminada y enervante que hoy usan muchos, lo cual, hasta por su manifiesta afectación y monotonía, engendra tedio y saciedad, y cuanto es más dulce, tanto más amengua el prestigio del orador, y más extingue el ardor de los afectos que se propone excitar.

El libro x trata de los ejercicios de composición, de lectura y de imitación, inculcando siempre el principio de leer y oír lo mejor (*optima legendo atque audiendo*), y de enriquecer la memoria con toda variedad de palabras, porque todas, como Quintiliano nos enseña, fuera de las que expresan ideas vergonzosas, tienen su propio lugar en la oración. Pero el efecto se produce en ella por el espíritu interno y por la sustancia de las cosas, no por las imágenes ni por el ruido de las palabras. De esta manera todo vive, respira y se mueve. En los poetas aprenderá el orador la ingeniosidad en la disputa, la sublimidad en las palabras, el encendido movimiento en los

afectos y el decoro en la persona; pero no ha de imitarlos ni en la libertad de las palabras, ni en la licencia de las figuras, porque el poeta busca lo primero deleitar, y el orador mezcla este fin con el de utilidad. Ni ha de dejar el orador que las armas adquiridas con el estudio se cubran de mohos y de orín, sino que arda siempre en ellas fulgor como de hierro, que hiera á la vez la mente y la vista, no como el resplandor del oro y de la plata, muestras de femenino lujo. También la historia puede dar al orador abundante y gustoso jugo; pero debe leerse de tal modo, que se comprenda que muchas de sus virtudes no son propias del orador. La historia está mucho más cercana de la poesía, y en cierto modo puede decirse que es un poema no ligado á números, y se escribe para narrar y no para probar, como que toda la obra va encaminada, no al acto presente, ni á la lid del momento, sino á la memoria y posteridad y á la fama del ingenio del escritor, y por eso con palabras más remotas del uso común y con más libres figuras evita el tedio de la narración. Por lo cual no es de imitar en la oratoria, ni la brevedad de Salustio, ni la abundancia láctea de Tito Livio. No olvidemos nunca que hemos de pelear con músculos de soldados y no de atletas, y que el vestido de varios colores que solía usar Demócrito Falereo, no parece bien entre el polvo forense.

Y aquí comienza el trozo más interesante y más bello de las *Instituciones Oratorias*, y el que para nosotros conserva mayor interés histórico;

es decir, la crítica de los principales autores griegos y latinos, en cuanto puede ser útil al orador. Los símiles se amontonan bajo la mano del preceptista, y son en general admirablemente adecuados á las condiciones del estilo y á la belleza interna de la forma, en cada uno de los autores que somete á juicio, con rasgos é iluminaciones súbitas de crítica, que sólo en Longino, ó en el diálogo *de los oradores* de Cicerón pueden encontrar parangón en todo el mundo antiguo. Homero es, para el retórico español, á modo de un inmenso Océano, de donde toman su principio las fuentes y los ríos, y ha de servir de ejemplo y dechado para todas las partes de la elocuencia. Quintiliano condena la poesía didáctica, en los *Fenómenos* de Arato, porque la materia carece de movimiento y porque no tiene variedad alguna en los afectos, ni caracteres humanos, ni nada en suma que pueda servir á la oratoria. Píndaro suministrará felicísima abundancia de cosas y de palabras. Stericoro mezcla lo épico con lo lírico, y sostiene en la lira el peso y gravedad del canto épico. Quintiliano, con su culto y poderoso sentido estético, no cae en el vulgar yerro de Dionisio Halicarnaseo y otros, condenando la comedia antigua; al contrario, la admira de buen grado, por reconocer que ella sola conserva la gracia nativa y pura de la dicción ática y su libertad elegantísima, siendo á la vez grande, poética y hermosa. No podemos esperar que un retórico del primer siglo de nuestra era haga completa justicia á Esquilo; bastante es

que le reconozca sublimidad y grandeza, aunque le ponga la tacha, para nosotros incomprensible, de rudo y desaliñado. En Eurípides reconoce densidad de sentencias y maravilloso poder para excitar los afectos, sobre todo el de la compasión. Á Menandro aplaude por haber trazado en sus comedias una imagen fiel de la vida humana. Lisias es más semejante á una pura fuente que á un río caudaloso. En Isócrates están congregadas todas las gracias del decir. Platón no parece ingenio humano, sino inspirado por el oráculo de Delfos. Las Gracias educaron el estilo de Xenofonte, y en sus labios moraba la diosa de la persuasión.

De la poesía latina primitiva, Quintiliano nada sabe, ó la tiene en poca estima, y comienza su enumeración desde Ennio. «Venerémosle (dice) como á esos bosques sagrados por su antigüedad, en los cuales las altas y robustas encinas no tienen ya tanta hermosura como terror religioso infunden.» Para Virgilio reserva todas sus admiraciones, aunque reconoce en su compatriota Lucano ardor y arranque, y extraordinario brillo de sentencias. La comedia latina, aun la de Plauto, aun la de Terencio, le entusiasma poco, en comparación con la comedia ateniense. «Apenas hemos conseguido una leve sombra (dice) de tal modo que me parece que hasta la misma lengua romana se resiste á recibir aquellas gracias, concedidas sólo á los áticos.» No así en la historia, donde opone los narradores latinos á los griegos, sin miedo de quedar vencido, anunciando al fin

en términos magníficos el advenimiento de Tácito: «queda todavía y exorna nuestra edad, con gloria inmensa, un varón digno de eterna memoria, que algún día será nombrado, y hoy sólo con aludirlo se entiende quién sea.»

Tiénese generalmente á Quintiliano por adversario de Séneca, en quien ve, y no sin razón, el más brillante de los escritores de una época de decadencia, y por eso mismo el de más perniciosa influencia para los jóvenes. Quintiliano, órgano de la reacción clásica, pero templado por su habitual moderación, no se propone derribar de su pedestal la estatua de Séneca, sino reducirla á sus justas proporciones, y sobre todo apartar á los jóvenes romanos de la imitación excesiva de un modelo, en quien los defectos, por ser espesiosos y llevar apariencias de profundidad, debían atraer con más poderoso halago.

Cuando vemos á Quintiliano señalar tantos autores para la lectura del orador, ocurre sospechar si haría consistir todo el arte en la imitación. Pero él se apresura á declararnos en qué términos entiende esta imitación, y dentro de qué cancelos ha de encerrarse, para que resulte útil y no perjudicial al desarrollo del estro propio. «No se ha de negar (dice) que gran parte del artificio oratorio consiste en la imitación, porque forzosamente hemos de parecernos á los buenos ó ser desemejantes de ellos. La naturaleza rara vez produce dos oradores semejantes, pero sí los produce la imitación. Con todo eso, la imitación por sí misma no basta, antes es indicio de ingenio

perezoso y torpe el encontrarse con lo que otros inventaron. ¿Qué habríamos conseguido, si nadie llegase más allá que aquel autor á quien imita? Si no nos es lícito añadir á lo inventado, ¿cómo hemos de esperar nunca ningún orador perfecto, cuando, aun entre los que tenemos por mejores todavía no se ha encontrado uno en quien no pueda echarse algo de menos ó á quien no pueda añadirse alguna cosa? Y hasta los que no aspiran á la cumbre más alta, deben guiarse por sí y no contentarse con seguir las huellas ajenas.

»El que trabaja por ser el primero, quizá, si no vence á los modelos, llegará por lo menos á igualarlos. Pero ¿cómo igualará aquel cuyos vestigiosse van siguiendo con adoración supersticiosa? Necesario es que siempre quede detrás el que imita. Añádase á esto que muchas veces es más fácil producir cosas superiores á los modelos, que no repetir las mismas. Tanta dificultad tiene la semejanza, que ni la misma naturaleza ha producido dos cosas tan iguales que no pueda descubrirse entre ellas alguna diferencia. Todo el que quiera ser semejante á otro, necesariamente ha de resultar inferior á lo imitado, como lo es la sombra al cuerpo, y la imagen al rostro, y el arte de los histriones á los verdaderos afectos. En los autores que damos por modelo imperan las fuerzas naturales; por el contrario, toda imitación es ficticia y torcida á otro propósito. De donde resulta que la declamación tiene menos sangre y fuerza que la oración, porque en la una la materia es verdadera y en la otra fingida. Y todavía puede añadir-

se que no son imitables las mayores cualidades de un orador, es decir, el ingenio, la invención, la fuerza, la facilidad y todo lo que no enseña el arte. Y por eso es vana la pretensión de algunos que, con tomar unas cuantas palabras de las oraciones de los antiguos, pretenden sorprender la esencia de la composición y creen presentar una imagen fiel de lo que han leído, siendo así que las palabras caen y envejecen con el tiempo, y que por su naturaleza no son ni buenas ni malas, reduciéndose á un vano sonido. Sólo un juicio exquisito puede guiarnos en esta parte del estudio artístico.

»Aun en los autores más excelentes hay algunos pasos viciosos. Y aun evitando esto, no basta pararse en la corteza y producir una imagen de la virtud oratoria apenas semejante á los fantasmas ó simulacros que emanan de los cuerpos, según Epicuro; en cuyo defecto suelen caer los que, no examinando interiormente las cualidades del estilo, se satisfacen con el primer aspecto de la oración, y contentos con que les haya salido fielmente la imitación de las palabras y de la armonía del período, no alcanzan la fuerza de la invención y de la elocución, y las más veces declinan en algo peor todavía, confundiendo los vicios del estilo con las virtudes á las cuales son próximos. Y si bien lo examinamos, no hay arte alguna que permanezca hoy en el mismo estado en que se inventó, ni que sea conforme á su principio, á no ser que condenemos en absoluto nuestra edad, y la tengamos por tan infeliz que en ella nada ori-

ginal pueda florecer. Y yo os afirmo que con la imitación sola nada crecerá, porque no hay cosa alguna que pueda contrahacer su propia naturaleza, ni conozco nada más pernicioso que la imitación de un solo modelo. Aun los que debemos imitar con preferencia, Demóstenes, v. gr., ó Cicerón, no deben ser imitados ellos solos, ni en todo, no sólo porque es de varones prudentes elegir de cada cosa lo mejor y hacerlo propio, si es posible, sino porque en empresa tan difícil como la formación del estilo, si nos empeñamos en contemplar un solo dechado, alcanzaremos muy pequeña parte de él. Y por lo tanto, siendo negado á las fuerzas humanas el exprimir totalmente el modelo que elegimos, vale más poner ante los ojos varios ejemplares, y acomodar distintamente á cada lugar de la oración lo que en estas varias lecturas hayamos recogido.

»¿Y qué (me diréis), no basta decir todas las cosas como Marco Tulio las dijo? Yo creo que bastaría que pudiésemos decirlas todas como las dijo él; pero como esto es imposible, no estará mal que imitemos en sus lugares la fuerza de César, la energía de Celio, la diligencia de Polión, el juicio de Calvo. Cada cuál debe consultar su nativa propensión, y escoger los recursos acomodados á sus fuerzas, pero procurando siempre que la imitación no se reduzca á las palabras, sino que abarque las ideas, y la trabazón y disposición de ellas.

»El estilo, según Cicerón, es el mejor maestro del arte de decir, entendiéndose por estilo el há-

bito frecuente de escribir. Sin este continuo ejercicio, la misma facultad de la improvisación se convertirá en vana locuacidad, y en palabras que, por decirlo así, no pasan de los labios. No quiso la naturaleza que lo grande se hiciese sin grandes esfuerzos, y á la obra más hermosa le antepuso dificultades, y dió por ley á la naturaleza que los mayores animales estuviesen contenidos por más tiempo en las entrañas de sus padres.

»No importa que al principio sea tardo el estilo; lo que conviene es que sea diligente y exquisito: busquemos lo mejor, y no nos contentemos con lo que al principio se nos ofrece. Acompañe el juicio á la invención, la disposición á las pruebas. Elijanse con esmero las cosas y las palabras, pesando cada una de por sí. Más adelante, cuando la composición nos empuje, podemos soltar el vuelo, pero siempre con el temor de que nos engañe la indulgencia respecto de nuestras propias obras. Todo lo nuestro, cuando nace, nos agrada; si no, no se escribiría. Pero apliquemos severidad de juicio, y contengamos la sospechosa facilidad. La rapidez ya nos la dará el hábito. Y en suma, escribiendo pronto no se llega á escribir bien; escribiendo bien, llega á escribirse pronto. Resista la facilidad quien la tenga, á la manera que contenemos y enfrenamos á un caballo fogoso, no por quitarle las fuerzas, sino para darle nuevos ímpetus. No es que yo quiera obligar á los que ya han adquirido algún vigor de estilo al miserable trabajo de corregirse á sí

mismos en cada ápice. ¿Cómo ha de bastar á los deberes civiles el que envejece en cada una de las partes del discurso? Hay quienes no se cansan jamás de enumerarlo todo, de decir las cosas de otro modo de como se les han ocurrido, incrédulos siempre y malcontentos con su ingenio, hombres que confunden la corrección con la dificultad. Yo no sabré determinar quiénes son más dignos de censura, los que gustan de todo lo que producen ó los que no aprueban nada de lo suyo. No pensemos que siempre es mejor lo más recóndito.»

Quintiliano no es de los que opinan que las composiciones literarias requieren como auxilios externos el retiro en lugar campestre y ameno, porque la naturaleza antes distrae que convida á la meditación. La amenidad de las selvas, el curso de los ríos, el aura que agita las ramas de los árboles, el canto de las aves y la misma amplitud de horizontes, arrastran hacia sí y prohíben encerrarse en sí mismo. El silencio, el retiro, el ánimo libre de cuidados, así como son más apetecibles, así muy rara vez suelen hallarse. Por lo cual en los tumultos, en los caminos, en los convites mismos, debe encontrar secreta acogida la meditación. Pero, sobre todo, no avezarse desde la adolescencia á las falsas ideas de las cosas y á los simulacros vanos; porque, si nos acostumbramos á caminar entre sombras, temeremos los resplandores del sol del verdadero certamen. Ni hemos de creer que en un solo género están contenidas todas las grandezas oratorias porque,

al contrario, los caminos que guían á la belleza son innumerables.

La improvisación es de absoluta necesidad en la oratoria, y quien no la alcanza debe, en concepto de Quintiliano, renunciar á su oficio civil y emplear en otras obras sus facultades de escritor.

Quintiliano ha penetrado poco en los momentos psicológicos de la composición literaria. Dice sólo que ha de enriquecerse la fantasía con las imágenes de las cosas sobre que vamos á hablar, convirtiendo luego las imágenes en afectos. Y después ha de aplicarse el ánimo, no á una sola cosa, sino á muchas en continuidad, contemplando cuanto hay en el camino y alrededor de él, desde el primer objeto hasta el último. Sólo entonces debe atender á las palabras, pero sin dejarse arrastrar por su vana corriente.

En el libro xi, que trata principalmente de la memoria, de la pronunciación, del gesto y de la acción, pueden notarse algunas consideraciones atinadas sobre la estética de la declamación. La pronunciación debe acomodarse siempre á la cosa de que se trata. Los afectos verdaderos naturalmente estallan, pero sin arte, y por eso su expresión ha de modificarse por la disciplina y por la razón. Al contrario, los afectos fingidos y simulados, si son obra del arte, carecen de naturalidad. Ni es menor la fuerza del gesto y de la acción, como que la pintura, arte callado, penetra de tal modo en lo íntimo de los afectos, que á veces parece exceder á la palabra misma. Por el

contrario, si al gesto y al ademán no acompañan las frases, si expresamos tristemente las cosas alegres, no sólo quitaremos autoridad, sino crédito á nuestras palabras. Se exige además cierto decoro en el gesto y en el ademán. Mucho debe diferir un orador de un pantomimo, acomodando el gesto más bien al sentido que á las palabras, lo cual suelen ejecutar hasta los histriones de algún mérito. Tres deben ser los efectos de la pronunciación: conciliar, persuadir, mover; á los cuales ha añadido la naturaleza el deleitar por estos medios. Tres han de ser las condiciones de la pronunciación: correcta, clara y elegante.

Quintiliano ha querido cerrar su libro insistiendo en el carácter ético del orador perfecto, y explanando con admirable sentido moral la misma idea de sus costumbres que inculcó al principio. Sea, pues, el orador, según la sentencia de Catón, varón bueno, recto en el decir; pero ante todo y sobre todo, sea hombre de bien. Si así no fuera, nada habrá más pernicioso para los negocios públicos y privados que la elocuencia. La naturaleza misma, en aquello que nos separa de los demás animales, no debería ser llamada madre, sino antes bien madrastra, si nos hubiera dado la facultad oratoria para auxilio de los criminales, para enemiga de la inocencia y para contraria de la verdad. «Yo no concibo orador alguno sin la rectitud moral, y ni aun puedo conceder inteligencia á los que, puestos á elegir entre el camino de lo honesto y el de lo torpe, siguen el peor; ni puedo imaginar prudencia en

el que se expone de tal modo á las penas de la ley, y sobre todo á los terrores de la propia conciencia. Y si afirman los estoicos, y no sólo los estoicos sino el vulgo, que nadie puede ser malo sino es un necio, jamás un necio podrá ser orador. Añádase á esto que al estudio de la hermosura no puede dedicarse sino un entendimiento que esté libre de todo vicio; lo primero, porque en un mismo pecho no pueden andar en consorcio lo honesto y lo torpe, y porque no está en la mano del hombre el consagrarse á un tiempo á lo mejor y á lo peor, como no lo está el ser á la vez bueno y malo; y además, porque es preciso que el que ponga la fuerza de su espíritu en cosa tan alta, se aparte de todos los demás cuidados, aun de los inocentes é inculpables. Entonces solamente, libre del todo, no constreñido por ninguna necesidad, ni siervo de ninguna causa exterior, contemplará siempre el alto objeto que enciende sus amores. Y ¿quién no ve, además, que gran parte de la oratoria consiste en el tratado de lo justo y de lo bueno? ¿Podrá hablar de tan altas cosas, según su dignidad, un varón malo, é inicuo? Concedamos, lo cual de ningún modo es posible, que pueda tener igual ingenio, estudio y doctrina un hombre pésimo que uno excelente ¿Quién de ellos será mejor orador? Indudablemente el que sea mejor hombre. Nadie puede ser á un tiempo perverso hombre y orador perfecto. Ninguna cosa es perfecta, cuando hay otra mejor. ¿Quién persuadirá más fácilmente lo verdadero y lo honesto, el bueno ó el malo?

Yo, según la común costumbre de hablar, he dicho y diré siempre que el perfecto orador es Cicerón. Pero si quiero hablar con propiedad y acomodarme á las leyes de lo verdadero, tendré que buscar aquel orador ideal que el mismo Cicerón buscaba. Concedamos por un momento, aunque es del todo imposible, que se haya encontrado un hombre malo, sumamente disertado: así y todo, negaré siempre que haya sido perfecto orador. El que es llamado para la defensa de una causa, ha de ser de tal fidelidad, que no le corrompa la codicia, ni le tuerza el agradecimiento, ni le quebrante el miedo. ¿Daremos al traidor, al tráfuga, al prevaricador, el sagrado nombre de orador? No damos preceptos para el ejercicio forense; no educamos voces mercenarias, sino que trazamos la imagen de un varón excelente por la índole de su ingenio, enriquecida su mente con el tesoro de las artes de lo bello, y tan versado en las cosas humanas como nunca llegó á conocerle la antigüedad; singular y perfecto en todo, pensando y diciendo siempre lo mejor. Mejor persuadirá á los otros quien empiece por persuadirse á sí mismo. El fingimiento se descubre cuando más quiere ocultarse; y nunca ha habido orador tan fácil que no titubee y vacile cuantas veces las palabras riñan con la intención. Un hombre perverso ha de decir por necesidad lo contrario de lo que siente. Por el contrario: á los buenos nunca les faltarán palabras honestas, nunca invención de pensamientos honrados, que aunque aparezcan desnudos de efectos, bastante adorna-

dos van por su propia naturaleza; y nunca deja de hablar con elegancia quien habla honradamente. ¿Cómo ha de mezclarse la elocuente expresión de las cosas bellas con vicios radicales del entendimiento? Cuando la facultad de decir recae en los malos, debe ser tenida ella misma por un mal, porque hace peores á aquellos en quienes se encuentra.»

Quintiliano, como los socráticos, parece considerar la virtud como una ciencia que se perfecciona y acrisola con la doctrina. Exige, pues, en el orador, no solamente la que pudiéramos llamar virtud práctica, sino, además, la especulativa y *teorética*, y le impone el conocimiento de la naturaleza humana en todos sus arcanos, y la educación de las costumbres por medio de los preceptos racionales. La facultad de decir brota solo de las íntimas fuentes de la sabiduría, pero no ha de ejercitarse en la solitaria escuela de los filósofos, á los cuales tiene en menos nuestro preceptista, porque se apartan de la vida práctica y activa. «El sabio que yo educo (dice con latina altivez), es un joven romano, varón verdaderamente *civil*, que no se ejercita en secretas disputas, sino en las experiencias y tormentas de la vida.» La vida del orador es inseparable de la ciencia de las cosas divinas y humanas. Y ojalá llegue algún día en que el orador perfecto que imaginamos y deseamos, vindique para sí la ciencia filosófica, odiosa á algunos por la soberbia de su nombre y por los vicios de los que la han corrompido, y la vuelva á traer al cuerpo de la elocuen-

cia, como quien recobra algo que de derecho le pertenece.

Ni debe limitarse el orador á estudiar la estética, sino penetrar también en la física ó filosofía natural. Pero, ¿cuál de las sectas filosóficas será la que más convenga al orador? Quintiliano se declara ecléctico. No es necesario que el orador jure en las palabras de ningún maestro, como moralista político y hombre de acción que es. Al estudio de la filosofía debe añadir el de la historia y el del derecho civil. Pero de poco le serviría todo ello sin la fortaleza de ánimo, que ni se quebranta por el temor, ni se aterra por las aclamaciones, ni se intimida por la autoridad de los oyentes.

El ejercicio de la oratoria ha de hacerse gratis, excepto en el caso de no tener otro medio de vivir que este honestísimo trabajo. Fuera de esta situación extrema, no debe venderse tan noble disciplina, ni quitarse autoridad á un beneficio tan grande hecho al género humano, trocándolo por vilísimo precio. Cuando el orador sea anciano, encontrará honesto retiro en la historia, en el derecho, en la filosofía ó en los preceptos oratorios, y frecuentarán su casa los jóvenes de esperanzas, conforme á la costumbre de los antiguos, acudiendo á él como á un oráculo.

El libro de Quintiliano acaba con algunas consideraciones sobre el estilo. «Hemos dicho que todavía no ha aparecido el orador perfecto, y aun puede decirse que ninguna arte es perfecta, no sólo porque unos sobresalen más que otros en

algunas cosas, sino porque han preferido diferente estilo, unos por las condiciones de los tiempos y de los lugares, otros guiados por su propio juicio y propósitos. Y así en la pintura, unos estiman más á Polygnoto y á Aglaophon, por su simple y rudo color. Otros á Zeuxis, porque encontró la razón de la luz y de las sombras; otros á Parrasio, por lo sutilmente que diseñó las líneas. Zeuxis atiende más á la musculatura, haciéndola más recia y consistente, siguiendo al parecer á Homero, que puso formas varoniles hasta en sus mujeres. Otros prefieren á Protógenes, á Pánfilo, á Melantio, por la facilidad en concebir las fantasías ó visiones, á Teón de Samos, por la gracia y el ingenio; otros á Apeles, etc.

La misma diferencia se observa entre los estatuarios. Calón y Hegesias son más duros, menos rígido Calamis, más suave Myron. Polycleto superior á todos en la diligencia y en el decoro. Fidias, sin rival en hacer las figuras de los dioses, cuya hermosura parece haber añadido algo á la religión comúnmente admitida, de tal modo, que la majestad de la obra puede decirse que igualó á la del dios. Lysipo y Praxíteles son más próximos á la verdad. Demetrio, más amigo de la semejanza que de la hermosura. De igual modo en el arte oratoria podemos encontrar tantas formas de ingenios como las hay de cuerpos.»

Sobre el aticismo, reproduce Quintiliano las doctrinas de Cicerón. «Nadie dudará (dice) en preferir á todos los estilos el de los áticos; pero en éste, fuera de lo que hay de común á todos los

atenienses, y es el juicio, la agudeza y la tersura, en todo lo demás hay muchas y distintas formas de ingenio. El que pida á los latinos aquella gracia de la dicción ática, tiene que empezar por conceder á nuestra lengua la misma suavidad y abundancia. Cuanto menos nos ayude la lengua, más hay que fatigarse en la invención de las cosas. Si no podemos ser tan gráciles, seamos más fuertes. Si nos vencen en sutileza, aventajémoslos en peso; si la propiedad es dote suya, venzámoslos en la abundancia. Los ingenios de los griegos, aun los menores, tienen sus conocidos puertos; nosotros, la mayor parte de las veces, tenemos que movernos á toda vela: un viento más fuerte debe hinchar nuestras lonas. No conviene, con todo esto, navegar siempre en alta mar: á veces debemos ir siguiendo la costa.

»Sostienen algunos que no hay más elocuencia natural que la semejante del todo á la lengua cotidiana, y que todo lo que se le añade es indicio de afectación enfadosa, así como los cuerpos de los atletas, aunque se hagan muy fuertes con el ejercicio y con la elección de manjares, dejan de ser naturales y se apartan de aquel modo de ser concedido á los hombres. Á mí me parece que una cosa es la lengua vulgar, y otra la oración elocuente. Cosa natural es ejercitar los músculos y acrecentar las fuerzas. Y así, cuanto más se aventaje cada cuál en el decir, tanto más conforme á la naturaleza será su elocuencia.

»Creyeron también muchos eruditos que uno era el modo de decir y otro el de escribir. Á mí

me parece una misma cosa el decir bien y el escribir bien, y no es más la oración escrita, sino un monumento de la oración pensada.»

Las *Instituciones* terminan con la misma elevación de juicio moral y de desinterés estético con que comenzaron. «La naturaleza (dice Quintiliano con simpático optimismo) nos creó para el bien, y por eso nos causa asombro el contemplar tantos malvados como existen. Mucho más fácil es vivir conforme á la naturaleza que contra ella. Nadie busque lo bueno y las ventajas externas que la elocuencia trae consigo : el trato y la posesión de esta arte hermosísima es premio cumplido de su estudio. Tendamos, pues, con todas las fuerzas de nuestro espíritu á las cumbres en que mora la majestad oratoria, don el más precioso que los dioses inmortales hicieron á los hombres, y sin el cual todo permanece mudo y en tinieblas, y nada llega á la memoria de la posteridad. Aspiremos siempre á lo mejor, y, si no lo conseguimos, por lo menos, veremos á muchos inferiores á nosotros.»

Siempre he creído que el verdadero autor del *Diálogo de las causas de la corrupción de la elocución*, llamado comúnmente *Diálogo de los oradores*, no es otro que Quintiliano. El autor del *Diálogo*, sea quien fuere, declara haber oído esta conversación siendo muy joven. ¿Quién era este adolescente? Los manuscritos, sobre todo el famoso códice de los Spiras, dicen que Tácito. Beato Rhenano, á quien siguen Enrique Stéfano, Justo Lipsio, Menage, Grevio y otros de no

menor autoridad, defienden la parte de Quintiliano: Luís Vives, Pedro Pitou y el biógrafo de Quintiliano Doodwell persisten en atribuírsele á Tácito.

En favor de Quintiliano militan las siguientes razones. Primera, la semejanza del estilo, que, aunque sea superior en belleza al que habitualmente se usa en las *Instituciones*, pertenece á la misma familia en lo animado y pintoresco, y difiere en todo de la severa austeridad y concisión de Tácito. Segunda, semejanza ó más bien identidad de doctrina literaria entre éste *Diálogo* y las *Instituciones*. Tercera, y que á nuestro entender decide la cuestión, el citar Quintiliano mismo una obra que había compuesto con el título de *De Causis corrupte elocutionis*. Á estas razones contesta Doodwell, que Quintiliano no podía ser muy joven cuando el *Diálogo* se tuvo, es decir en el año vi de Vespasiano, como de su contexto se infiere. Entonces tenía Tácito veintisiete años, según Justo Lipsio, y quince, según Doodwell. Quintiliano, por el contrario, según la cronología de su biógrafo, tenía ya treinta y dos años. Pero yo no veo que sea grande la diferencia, ni tampoco que deba tenerse por artículo de fe semejante cronología. Las otras razones de Doodwell son todavía más débiles. Así, v. gr., aduce como prueba, que Quintiliano escribió, según se presume, su libro de *Causis* en el año 89, y que el *Diálogo se tuvo* en tiempo de Vespasiano. Pero como no se escribió entonces, sino muchos años después, y el autor confiesa haberlo oído,

*admodum juvenis*, esta razón no hace fuerza. El mayor argumento contra Quintiliano es que falte en el *Diálogo* un capítulo de la hipérbole, á que él en sus *Instituciones* se refiere. Pero como el *Diálogo* ha llegado á nosotros incompleto y con muestras evidentes de mutilación en algunos pasajes, podemos creer que ésta es una de las lagunas que en él se advierten.

Todo lo expuesto nos obliga á tratar aquí (separándonos de la moderna costumbre de los escritores y críticos de Quintiliano) de este admirable *Diálogo* que (como dijo Quevedo) «con nombre de Quintiliano abulta las obras de Tácito.» Una breve exposición de su doctrina comunicará quizá á nuestros lectores, que ya conocen las teorías éticas y estéticas de Quintiliano, la seguridad con que hemos afirmado que este *Diálogo* debe volver á la casa paterna, y estimarse por el mejor y más elocuente corolario del libro inmortal, en que el preceptista de Calahorra trazó los cánones del arte oratoria. Nunca, ni aun en lo más didáctico, es árido y descarnado el estilo de Quintiliano. Nunca se parece al de los meros retóricos, sin imaginación ni entusiasmo artístico. Abunda siempre en símiles, ó comparaciones de gran belleza, y hasta en movimientos apasionados, y generosos arranques de indignación, contra los declamadores que hacen torpe granjería de la palabra. Pero en ninguna parte como en este *Diálogo*, obra más artística que un tratado pedagógico, brilla, centellea y fulmina aquel ardor oratorio que en Quintiliano

hubo, según refieren unánimes sus contemporáneos, y que le hizo apellidar «gloria de la toga romana.» Nadie descubrirá en este *Diálogo* la más leve huella de decadencia literaria, y si él mismo, por los asuntos de que trata y por el mal que intenta remediar, no llevase ya escrita su fecha, sería difícil traerle más acá de la era en que Cicerón, en el *Bruto*, en los *Diálogos del Orador*, ó en el *De natura Deorum*, renovó la gracia ática y la culta urbanidad de los diálogos de Platón. Y aun puede añadirse que este diálogo de Quintiliano, por la mezcla singular de sencillez y de grandeza, de tono familiar unas veces y magnífico y espléndido otras, es como un eco lejano del *Gorgias*, ó del *Fedro*. Son interlocutores de este diálogo Marco Aper, Curiacio Materno, Vipstano Mesala y Junio Segundo, todos los cuales personajes, aun en el breve espacio en que se mueven, tienen carácter propio, y no son nombres vanos, como suelen ser los de los personajes dialogísticos, aun en Cicerón.

Tres cuestiones se agitan en este diálogo: primera, si la oratoria es superior á la poesía; segunda, si los oradores antiguos son superiores á los modernos; tercera, cuáles son las causas de la decadencia de la oratoria. En la primera parte Aper, ataca la poesía; Curiacio Materno, autor de tragedias hoy perdidas, la defiende. Junio Segundo sirve de árbitro y juez.

Comienza Aper encareciendo el poder de la elocuencia, de la cual es propio oficio defender á los amigos, enlazar con vínculos de paz las na-

ciones y las provincias, siendo á un mismo tiempo defensa y arma (*praesidium et telum*). Probada su utilidad, muestra el deleite singular de su estudio y las ventajas materiales y honoríficas que trae siempre el arte del orador. La poesía, al contrario, no da utilidad ni prestigio alguno al poeta, sino á lo sumo vanagloria y un frívolo y pasajero deleite, que se marchita en flor. Á los poetas medianos nadie los conoce; á los buenos muy pocos. «Y todavía (dice Materno) si hubieses nacido en Grecia, donde es lícito gloriarse de las artes del deleite, y los dioses te hubieran concedido la robustez y las fuerzas de Nicostrato, no me parecería bien que aquellos músculos nacidos para la pelea los empleases en el vano ejercicio de arrojar el dardo. Por eso ahora, desde el auditorio y desde el teatro te llamo al foro, á la causa y á la verdadera pelea.»

Pero Materno, lleno de entusiasmo artístico, le responde: «Los bosques, los campos, esa misma solitaria esquividad que Aper reprendía tanto, me infunde tan gran placer, que, entre los principales frutos de la poesía, cuento este, es á saber: que ni en el estrépito, ni cuando los litigantes están sentados ante la puerta, ni entre las lágrimas y las miserias humanas, se escribe y compone, sino retirando el ánimo á lugares puros é inocentes y gozando de cierto misterioso y sagrado retiro. Estos fueron los orígenes de la elocuencia; estos son sus templos más arcanos: en este hábito y manera se presentó por primera vez, infundiendo á los mortales su aliento en los pechos castos y

no contaminados por ningún vicio: así hablaban los oráculos. El uso de esa otra elocuencia interesada y sanguinosa es reciente, y nacido de malas costumbres é inventado cuando se inventaron las armas mortíferas. Y ¡cuánto fué el honor y gloria de la poesía entre los dioses y los hombres, cultivada por los semidioses Orfeo y Linos! Y por ventura, ¿se encierra en más estrechos dominios la fama de Eurípides y de Sófocles, que la de Lisias ó de Hipérides?» Quintiliano ha dejado sin resolución esta contienda entre el arte, mezclado de elementos útiles y bellos, y aplicado á la utilidad inmediata de la vida pública y forense, que Aper, como buen romano proclama y ensalza, y el arte puro y desinteresado que Curiaco Materno, con entusiasmo poético, defiende.

Tampoco ha resuelto la cuestión entre los oradores antiguos y los modernos, contentándose con proponerla, y exponer las razones que militan por una y otra parte. Vipstano Mesala defendía á los oradores antiguos: Aper á los modernos. Y ante todo pregunta Aper: «¿Á quiénes llamáis antiguos?» Divide la historia de la literatura latina en tres edades: primera, antes de los Gracos; segunda, la de los Gracos; tercera, la de Cicerón.» Con los tiempos se mudan las formas y el estilo y la manera de decir: no es uno solo el semblante de la elocuencia, y aun en los mismos que llamáis antiguos se pueden encontrar muchas especies de estilos, sin que podamos afirmar desde luego que es peor ni que es más corrompido, el que es diverso; pero es tal la con-